

759

POR LA RECTA INTENCIÓN
DE BIEN SERVIR
AL PUEBLO PORTUGUÉS

*DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL SEÑOR PRESIDENTE DEL CONSEJO,
PROFESOR DOCTOR MARCELLO CAETANO,
EN LA ASAMBLEA NACIONAL,
A 27 DE NOVIEMBRE DE 1968*

SECRETARIA DE ESTADO DA INFORMAÇÃO E TURISMO

1968

1272

759

321.6

POR LA RECTA INTENCIÓN DE BIEN SERVIR AL PUEBLO PORTUGUÉS

*DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL SEÑOR PRESIDENTE DEL CONSEJO,
PROFESOR DOCTOR MARCELLO CAETANO,
EN LA ASAMBLEA NACIONAL,
A 27 DE NOVIEMBRE DE 1968*

SECRETARIA DE ESTADO DA INFORMAÇÃO E TURISMO

1968



323
S.N.F.
1272

POR LA RECTA INTENCION
DE BIEN SERVIR
AL PUEBLO PORTUGUES

MILITARE PRODUZIDO
POR EL SEÑOR PRESIDENTE DEL GOBIERNO
DE ESPAÑA DON DONATO MARIANO GARCIA
EN LA AGENCIA REGIONAL
A 7 DE NOVIEMBRE DE 1968

Señor Presidente de la Asamblea Nacional

Señores Diputados

Permite la Constitución que el Presidente del Consejo comparezca en ésta Asamblea para tratar de asuntos de reconocido interés nacional. Creo que la Nación y la Cámara tendrán interés en oír de boca del jefe del nuevo gobierno su juicio sobre la coyuntura en que fué llamado, en virtud de la enfermedad del Presidente Salazar, a asumir las difíciles responsabilidades del Poder. Es ese el propósito que aquí me trae y entro ya en la materia en cuya exposición procuraré ser sintético para poder ser breve.

Todos nosotros tenemos conciencia de la importancia fundamental que el Ultramar reviste en la vida pública portuguesa. La civilización de los pueblos y la valorización de las tierras de las provincias ultramarinas fueron progresivamente ocupando, hasta 1961, un lugar cada vez más amplio y destacado en las preocupaciones de los gobernantes. En ese año se desencadenó en el norte de Angola un brote violentísimo de terrorismo del que se derivó la mortandad de millares de personas — a veces con el sacrificio de familias enteras — y la devastación de extensas zonas donde fueron esparcidas la desolación y la ruina.

La pronta y enérgica reacción de la propia población de Angola coadyuvada por las escasas fuerzas militares y de policía existentes entonces en la provincia dominó los acontecimientos y habría debelado en corto plazo la insurrección si no fuera por el apoyo material que los insurrectos recibían de territorios vecinos y el apoyo moral — por lo menos — de otros países que creían poder lucrar con la destrucción de la autoridad portuguesa.

Desde 1961 son esos mismos factores los que alimentan la subversión en Angola, después introducida también en la Guinea y en Mozambique. En ningún caso nos hallamos ante movimientos espontáneos de las poblaciones nativas. En general deparamos con incursiones que parten de bases situadas en territorios limítrofes o en ellas apoyadas. Son extranjeros los financiamientos y las armas. En el extranjero, especialmente en la U. R. S. S. y en la China comunista, son entrenados los cuadros, y de Cuba han venido instructores y dirigentes.

Cuentan los varios movimientos y partidos que se formaron para alimentar la subversión y disputar eventualmente el poder con amplia audiencia y decidido favor en ciertos sectores de la prensa extranjera, en muchas cancillerías y en la Asamblea de las Naciones Unidas. Unos ayudan por compromiso de partido; otros por la ingenua creencia de estar apoyando una causa generosa; muchos por interés y bastantes por el recelo de contrariar corrientes dominantes en la opinión mundial.

A pesar de la tempestad desencadenada Portugal ha mantenido serenamente su posición. Y hubo quien pensase por ese mundo fuera que tal persistencia resultaba de la mera obstinación personal del Doctor Salazar. La verdad, empero, es que la posición de Portugal no podía ser otra.

En Angola y en Mozambique residen, se afanan, siguen su destino centenas de millares de blancos. Muchos

de ellos nacieron allí, algunos incluso en la tercera, en la cuarta, hasta en la quinta generación de familias hace mucho radicadas en esas provincias. Son africanos. Y a la par de ellos, hay millones de negros que durante siglos sólo conocieron la vida tribal con sus gregarismos y sus rivalidades, y que en el seno de la Nación portuguesa encontraron un hogar común, una base de convivencia social y las condiciones para, evolutivamente, ir adquiriendo las posibilidades de enfrentar los problemas y de utilizar los recursos propios de los tiempos corrientes.

Portugal es responsable por la seguridad de las poblaciones y por la preservación de todo lo que ellas crean y de que ellas viven.

Portugal no puede abandonar a los caprichos de la violencia, a los furores de los resentimientos, a los odios de los clans o a los juegos malabares de la política internacional a sus hijos de todas las razas y de todos los colores que viven en las provincias ultramarinas, ni lanzar a los dados de una suerte muy incierta los valores que a la sombra de su bandera hicieron de tierras bárbaras promisoros territorios en vías de civilización.

La conciencia de esa imposibilidad es tan viva en el espíritu de todos nosotros que ni un sólo momento se titubeó en enfrentar la subversión.

¿Es que podrían los portugueses asistir impasibles a la salvaje destrucción de la vida civilizada?

¿Podrían los portugueses dejar crecer la hostilidad racial y cavar un abismo entre dos etnias cuya convivencia y colaboración íntima son indispensables para el progreso del Africa austral?

¿Podrían los portugueses ver arruinarse una obra que, con todos los defetos inherentes a la humana naturaleza, traduce positivamente la creación de sociedades multirraciales queridas y aceptadas por negros y blancos en un

ejemplo de entendimiento y colaboración que desgraciadamente no tiene muchos similares en otras regiones?

No declaramos la guerra a nadie. No estamos en guerra con nadie. La subversión no tiene nombre y sus atentados parten no se sabe de quien. Nos defendemos. Defendemos vidas y haciendas. Defendemos, no una civilización, sino la propia civilización. Defendemos, contra las improvisaciones trágicas que han atrasado la marcha de las poblaciones africanas y comprometido la paz del mundo, la evolución firme y segura, mediante la cual los territorios van madurando para el pleno desenvolvimiento económico y cultural de modo a permitir la participación progresiva de los nativos en las tareas de la administración y del gobierno.

Defendemos, en definitiva, los verdaderos intereses de los pueblos integrados en la Nación portuguesa y que dentro de ella pueden, sin sobresaltos, proseguir sus destinos, contra desastrosas ficciones encubridoras de formas irresponsables y detestables de neo-colonialismo.

¡Que lo digan los Portugueses de Goa cautiva de onde en estos dos últimos meses recibí tantos y tan conmovedores mensajes amigos — mensajes significativos de constante presencia, mensajes de «saudade» de la Pátria, mensajes en las esperanzas de Portugal!

No fué la voluntad de sus habitantes la que integró Goa en la República de la India. Fué la ambición de los gobernantes de ésta, fué el espíritu expansionista del nuevo Estado que bajo apariencias pacíficas oculta un nuevo imperialismo asiático.

¿Es que habrá quien dude de que por detrás de los grupos que se presentan como paladines de los derechos de las poblaciones nativas se mueven intereses imperialistas que se empeñan en la disputa de la supremacía mundial?

Tenemos de ese hecho pruebas constantes. Mas en ninguna región son tan flagrantes como en la Guinea.

La Guinea portuguesa es un pequeño territorio densamente poblado por una laboriosa población rural con la cual establecimos comercio desde el siglo XV. No disponiendo de los amplios espacios libres propios para la colonización europea que se encuentran en Angola y Mozambique, la presencia portuguesa en la Guinea no podía ser sino lo que ha sido: de unificación política y pacificación de las numerosas razas que la habitan con diferentes costumbres y religiones, de fomento de la economía con base en la protección del trabajador nativo, de asistencia social que entre las diversas formas de que se reviste cuenta con los éxitos de la misión de estudio y combate a la enfermedad del sueño y de la subsiguiente misión de combate a las endemias.

La gran mayoría de la población de Guinea lucha contra el terrorismo al lado de las fuerzas regulares. Pero el terrorismo se presenta en ese territorio mucho más amplia y eficazmente apoyado por las potencias socialistas, sobre todo la Unión Soviética, de que en otras provincias. Se diría que se está haciendo allí un esfuerzo insistente y apresurado para el cual no se regatean armas y otros auxilios. Y la razón de ese interés especial no es secreta: los responsables no ocultan que la Guinea constituye la base necesaria para el asalto Cabo Verde — el archipiélago que constituye una posición clave en las comunicaciones entre el Norte y el Sur del Océano Atlántico e incluso entre sus dos márgenes.

En un momento en que la escuadra soviética crece de un día para otro en el mar Mediterráneo y en que Rusia procura instalar bases militares y consolidar alianzas en el Medio Oriente y en el Norte de Africa, no puede escapar a la atención de cualquier persona la importancia que representaría para ella la posesión del archipiélago

de Cabo Verde en manos amigas. Europa está siendo cercada.

La seguridad de los países no puede ser hoy en día defendida en sus fronteras. Las naciones están integradas en grandes espacios de cuya suerte son partícipes. La libertad y la independencia de los países de Europa Occidental se ventila, no sólo en la propia Europa, sino en Africa. He ahí la razón por la cual tenemos que defender la Guinea. En nuestro propio interés, es cierto, pero también en interés del Occidente europeo y de las propias Américas.

Años de coexistencia pacífica, aunque precaria, crearon en nuestros espíritus la idea de que la Unión Soviética había renunciado a cualquier propósito agresivo y se disponía a colaborar en una Europa «del Atlántico a los Urales».

La invasión de Checoslovaquia nos despertó de esa ilusión, que la anterior intervención en el Mediterráneo ya la había profundamente sacudido. La U. R. S. S. continúa siendo una superpotencia con amplias ambiciones imperialistas que procura satisfacer con la ayuda de la expansión de la ideología comunista. Es una realidad que no podemos ignorar.

Los portugueses somos sinceramente amantes de la paz. Lo soy yo, personalmente, y no comprendo que hombres bien formados puedan desear, aplaudir, provocar, la solución de diferencias desencadenando con efectos de extensión e intensidad imprevisibles hecatombes de vidas y aniquilamiento de valores. Mas, por eso mismo, el deber de aquellos que desean mantener la paz es desanimar a los agresores. Como es su deber reprimir y castigar a los que la perturben.

En Africa defendemos la paz. Y desearíamos mucho que cesasen los combates; que dejasen los terroristas de encontrar el apoyo gracias al cual penetran en nuestros

territorios y allí inquietan y afligen a sus habitantes. Mientras tal no sucede la acción de las autoridades y de las tropas es dirigida cada vez más en el sentido de conquistar almas en lugar de segar vidas. De hacer fructificar cultivos y no de asolar el suelo. Pero no podemos aflojar ante un adversario que se mostraría, de acuerdo con la manera tradicional africana, intolerante e implacable, que resucitaría todos los odios raciales, sacrificaría vidas y bienes sin vacilar e implantaría en puntos vitales para el futuro del Africa austral posiciones enemigas de Portugal y del Occidente.

Es corriente en la Asamblea General de las Naciones Unidas hablarse de la alianza secreta de Portugal con la Unión Sud-Africana y con Rhodesia. Excuso decir que no existe, ligando los tres países, cualquier alianza, secreta u ostensible. Practicamos, por otra parte, políticas raciales distintas y se sabe cuanto estamos empeñados en proseguir y perfeccionar nuestra política de no discriminación y de franca convivencia. En muchos puntos, no obstante, coinciden nuestros intereses en Africa austral, partiendo de la convicción de que el progreso de esa zona del continente precisa de la presencia estable del hombre blanco, que se radique, ambiente tenga afecto a la tierra africana y en ella se asocie al nativo. Ello es consecuencia, por ejemplo, que no podamos ser indiferentes a la suerte de Rhodesia, cuya principal salida para el mar está en nuestro puerto de Beira. En nuestro interés, en el interés de Africa meridional, en el interés de la paz del mundo, deseáramos vivamente que Rhodesia y la Gran Bretaña encontrasen una fórmula de honroso acuerdo a fin de poner término a la grave situación existente.

Puedo decir que ni un sólo momento a partir de la hora en que asumí las responsabilidades del gobierno, los problemas del Ultramar dejaron de estar presentes en mi

espíritu y de tener amplia cuota en mis preocupaciones. Con el fin de tornarlo bien patente proyecté realizar una breve visita a tres capitales de provincia, visita de cortesía que fuese afirmación viva de solidaridad y apoyo a las poblaciones y a las fuerzas que las defienden. Entendí, sin embargo, que no debía alejarme de aquí mientras el Doctor Salazar estuviese en peligro de vida. El viaje tuvo, por ello, que ser aplazado para más tarde aunque espero hacerlo en el próximo año.

Con la defensa de las provincias ultramarinas — englobando las fuerzas militares, el desarrollo económico y la promoción social de sus habitantes — soporta el presupuesto metropolitano abultadas cargas. Tan abultadas que no podrá nadie de buena fé sostener que sea la manutención de la presencia portuguesa en Ultramar inspirada por conveniencias económicas o por lucros financieros.

Mas si las razones que ya expuse explican esos gastos, a los que no podemos hurtarnos, de ellos se derivan inevitables limitaciones para las finanzas del Estado.

Todo el esfuerzo militar en Ultramar ha sido y tendrá que seguir siendo soportado con los recursos provenientes de los ingresos ordinarios que antes eran en larga escala aprovechados para cubrir atenciones de fomento. Ahora se tendrá que hacer frente a muchos de estos gastos con dinero obtenido por empréstitos.

Siendo estos gastos de fomento desembolsos reproductivos, por ser hechos en inversiones cuyos beneficios serán producidos en el futuro, se justifica que no caiga su peso exclusivamente en los que pagan ahora las contribuciones y que el respectivo costo sea repartido en sucesivas anualidades. El recurso al empréstito está, pues, perfectamente justificado.

Un país no puede, empero, empeñarse por encima de cierto límite pues amortización e intereses pasan a ser

cargas del presupuesto ordinario. Por otro lado el crédito interno no es inagotable y el crédito externo tiene que estar siempre lejos del agotamiento porque país largamente deudor de extraños cesa en la realidad de ser independiente.

El escudo se ha mantenido, durante las últimas crisis internacionales, como una de las monedas más fuertes del mundo. Ese hecho, producto de una sana política financiera perseverantemente seguida desde 1928, corresponde también a la confianza en los fundamentos de nuestra economía y en la estabilidad del orden constitucional. Las perturbaciones políticas y sociales se pagan muy caras y empobrecen a los pueblos.

Consideramos con aprensión la hipótesis de la desvalorización de las monedas de los países con quien mantenemos estrechas relaciones comerciales. La depreciación de esas monedas, las restricciones de los consumos internos, los obstáculos puestos a las importaciones, crean graves dificultades a nuestras exportaciones mientras, por otro lado, pueden incitar a que aumentemos las compras al exterior. El Gobierno está atento al problema y no dejará, cuando sea necesario, de adoptar medidas eficaces. Mas todos nos debemos compenetrar de la imposibilidad de vivir despreocupadamente en una Europa en crisis. Tenemos que valorizarnos, como individuos y como colectividad, tenemos que trabajar, tenemos que conducirnos con decisión y con voluntad de vencer. Ese fué el secreto de la victoria de países que todavía ayer estaban aniquilados por la fuerza de las armas.

El Gobierno no podrá, por todas las razones, apartarse de la política de austeridad hasta aquí seguida, a pesar de ir acudiendo a las necesidades más urgentes de la administración pública y de proseguir con tenacidad la política de fomento sin la cual se detendría en gran escala el desarrollo del país.

La administración pública tiene que ser mejorada en su orgánica, perfeccionada en sus procesos, beneficiada en su personal. Está en el ánimo del Gobierno el estudio y la ejecución de una seria reforma administrativa que para ser *seria* no puede ser precipitada. Entretanto se irán tomando algunas providencias consideradas de particular urgencia, indispensables para no dejar deteriorar más los servicios y acautelar el futuro de los cuadros.

Por lo que respecta a la ejecución del Plan de Fomento en curso la preocupación del Gobierno será la de dar preferencia a las inversiones de mayor reproductividad inmediata y más poderoso efecto multiplicador. Hay que asociarles íntimamente los relativos al bienestar rural y a las infraestructuras sociales tales como la electrificación, el abastecimiento de aguas, las redes de transportes y de comunicaciones y otros que permitan mayor confort en la vida del campo y proporcionen a las industrias las indispensables economías externas, sin perder de vista, en una perspectiva regional, la corrección de los desequilibrios existentes y dispensando particular atención a las realizaciones referentes a la educación básica, a la formación profesional y a la salud pública.

En el terreno de la vivienda se está procurando coordinar y acelerar la obra en curso que en el año de 1969 podrá presentar algunas realizaciones notables.

El hablar de preferencias para ciertas inversiones no significa la exclusión de las restantes: quiero únicamente decir que en esos tenemos que concentrar recursos y hacer el máximo esfuerzo posible.

También y a pesar de las dificultades apuntadas se procurará mantener y si es posible acelerar el ritmo de la política social para que acompañe e, incluso, estimule, el desenvolvimiento económico y asegure más equitativa dis-

tribución de los rendimientos. En éste capítulo la situación de los trabajadores rurales merecerá especial cuidado, por deber de justicia y hasta por necesidad de fijar en los campos la mano de obra de que la agricultura carece. Está en estudio la adopción del subsidio de familia para los rurales, al que seguirá, con la prudencia aconsejable de modo a no sobrecargar demasiado a los productores, la extensión de los beneficios de asistencia en la enfermedad y de la previsión. Es un aspecto que el Gobierno considera que debe encarar de frente, aunque no pueda resolver demagógicamente problemas que, de no ser tratados con el cuidado debido, podrían causar una conmoción profunda en nuestra economía agraria.

No exagero al decir que en los últimos dos meses el Gobierno desarrolló una gran actividad en todos los sectores, — actividad de revisión, de decisión, de estudio y planeamiento. En algunos como el de la enseñanza las dificultades se amontonan de año en año, entre nosotros como en el resto del mundo. Es, por un lado, la llamada *explosión escolar* con la afluencia de multitudes para las cuales son escasos los cuadros docentes y exiguos los locales, por más que se procure prever e incluso improvisar unos y otros. Es por otro lado la crisis educativa resultante de la incertidumbre y de la falta de confianza en sí propios de los educadores: en la familia, en las iglesias, en las escuelas. Es finalmente el brote de anarquía en la juventud, discutidora de toda autoridad y de toda disciplina y que movimientos subversivos aprovechan para la obra de demolición de las estructuras sociales.

El Gobierno ha dedicado la mayor atención a estas preocupantes cuestiones para las cuales en parte alguna se encontraron todavía soluciones definitivas. Importa, no obstante, evitar rodear de clima emocional los problemas de la administración escolar. Me permito hacer aquí un

llamamiento a todas las personas conscientes para que auxilien y no dificulten la acción gubernamental. Gritos de desesperación, reclamaciones contradictorias entre sí, precipitado entusiasmo por figurines extranjeros, pura condenación de soluciones que a veces no serán las mejores pero son las posibles, exigencia inmediata de lo óptimo cuando aún no se alcanzó lo bueno, especulación filosófica y crítica donde se precisa del sentido de las realidades, todo eso puede ser muy bien intencionado, pero desorienta a la opinión y a la masa de los jóvenes sin contribuir para resultados prácticos útiles.

En la enseñanza primaria, en la secundaria, en la enseñanza media, en la enseñanza superior ... en todo el campo escolar las dificultades surgen a cada paso y mal se arregla un caso otro u otros se plantean. Es necesario actuar con serenidad y calma en todos los escalones de las jerarquías escolares, dentro de un constructivo espíritu de colaboración. Nunca se hizo más necesario en estas materias actuar tan agilmente y al mismo tiempo con tanta ponderación. Las palabras de los responsables por la educación pública tienen que ser reflexivas y en medio de las tendencias reinantes para la perplejidad o la confusión e incluso para la anarquía, han de traducir orientación segura y mantener firme el espíritu de autoridad.

La juventud y los educadores pueden estar ciertos de que el Gobierno continua muy atento a todos sus problemas. Se comprende la impaciencia de los jóvenes, pero no será pedir demasiado, a cambio, comprensión para los gobernantes que, no siendo taumaturgos, no pueden de un día para otro mudar la faz de la Tierra ni siquiera eliminar todos los males e inventar todos los remedios. De la generosidad de la gente joven es lícito esperar que, sin dejarse engañar por interesados agitadores y especuladores, colabore en un esfuerzo común orientado para su bien.

Es, para mi, sin embargo, convicción firme de que las escuelas que el Estado mantiene, debiendo, sobretodo en los grados superiores, gozar de amplias posibilidades de pesquisa y de crítica, no pueden estar desintegradas de la nación, no pueden ignorar los ideales colectivos, no pueden ser utilizadas como instrumentos de demolición del orden social, aunque lo deban ser de su reforma por la educación.

He procurado conducir la política interna en estos dos meses dentro de las líneas definidas en la declaración subsiguiente a la toma de posesión del nuevo Gobierno, que tan favorable eco encontró en el país entero.

Se hizo un esfuerzo en el sentido de permitir más amplia expresión de las opiniones, una información más extensa, más íntima participación del común de las personas en la vida pública. Se ha pretendido crear un clima político sin odios, sin represalias, que permita una convivencia normal entre los que profesan opiniones diferentes. Se procura llamar a colaborar con el Gobierno a todos los buenos ciudadanos de éste País.

Alguna cosa positiva consiguió ya el Gobierno, en éstos dominios. Claro es que algunos se alarman considerando que se está yendo demasiado lejos, mientras otros estiman que son tímidas las realizaciones y piden mejores pruebas de la sinceridad de los propósitos formulados.

Quizás se espere incluso que en éste momento sean anunciadas medidas concretas correspondientes a cierta línea de orientación. Algunas efectivamente están siendo estudiadas y cuento con presentar a la Asamblea Nacional en ésta sesión legislativa propuestas de ley que le permitirán pronunciarse sobre los rumbos a seguir.

En ésta materia, no obstante, el Gobierno se reserva el derecho de proceder con la necesaria prudencia, pues no sólo el ambiente internacional está lejos de encontrarse despejado, como tiene que evitarse que los intereses contrarios

a los de Portugal se inserten peligrosamente en el frente interno.

Continúan agitándose grupos que no desisten de la acción subversiva, ya preparando golpes de fuerza, ya desarrollando intensa propaganda, sobre todo entre la juventud, contra la Pátria, contra las fuerzas armadas, contra la defensa del Ultramar, contra la autoridad.

En las emisiones cotidianamente dirigidas para Portugal desde los cuarteles-generales de la subversión internacional se define el programa a seguir: partir de las reivindicaciones más simples y aprovechar todas las ocasiones de libertad para hacer progresar el movimiento destinado a implantar el socialismo totalitario.

Es indispensable que nos acautelemos de esta maniobra, todos los que no queremos ver a Portugal presa del comunismo. Ella se reviste muchas veces de aspectos insidiosos que engañan la buena fé o favorecen el comodismo de los jefes de familia o de las empresas, de los dirigentes de las asociaciones o de los órganos de opinión ... Un clima de libertad exige responsabilidad. Pasó el tiempo en que los dirigentes podían endosar al Gobierno y a los órganos de seguridad los cuidados de la definición de los principios y de la defensa de las posiciones. El Gobierno y los órganos de seguridad continúan vigilantes, mas no pueden, ni deben, suplir la autodefensa, dispensar a los ciudadanos de cumplir sus deberes. Es preciso que los individuos que no quieren ver a su país comunizado definan sus actitudes y se dispongan a luchar por ellas valientemente, en todos los campos donde la vida social discurre. Las libertades no pueden ser vía de aniquilamiento de la libertad. De lo contrario quedaríamos sujetos a la osadía de una minoría activista que domine la mayoría inerte — y la História reciente está ahí mostrándonos los ejemplos de los Kerenskis o de los Masariks.

El Gobierno ha tenido en estos dos meses pruebas reiteradas del apoyo de la gran masa de la población portuguesa. Es indudable que el País desea continuidad del orden, de la paz social, de la moneda estable, del progreso económico seguro, de la defensa del Ultramar. Pero es patente igualmente que todos desean más rapidez en las decisiones, ritmo más vivo en el desarrollo económico y cultural, ataque más directo a las cuestiones fundamentales de que depende el bienestar general.

Procuramos y procuraremos corresponder a este duplo anhelo. Por lo que respecta a las reformas necesarias no siempre ellas podrán ser hechas con la urgencia que tantos desearían. Yo mismo refreno a cada paso mi impaciencia. ¡Mas si las personas tuviesen idea de lo que cuesta, en preparación, en estudio, en remoción de obstáculos, en decisión, y generalmente también en dinero, tocar en un problema cualquiera! ¡Como todo parece fácil cuando se conversa entre amigos — y como todo surge erizado de espinos cuando hay que hacer una reforma que no sea ilusión demagógica y pretenda, por el contrario, ser seria, profunda y útil!

Por lo que a mí se refiere haré lo posible, honestamente, por cumplir los deberes del cargo que el Jefe del Estado me confió, y en cuyo ejercicio, una vez que lo acepté, me comprometí a colocar todas mis facultades y todas mis energías.

Cuento, para llevar a cabo tan árdua misión, con la colaboración de la Asamblea Nacional y de la Cámara Corporativa a través de las cuales pueden expresarse los legítimos anhelos de la Nación, anhelos que el Gobierno está siempre deseoso de conocer para corresponderlos dentro de las posibilidades de que se disponga.

Confío en fin en el pueblo portugués en la esperanza de que sabrá reconocer el esfuerzo que el Gobierno no dejará de realizar tenazmente, guiado por la recta intención de bien servirlo.



2703

NB



EFG000013550

S.N.